

EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO DEL CARÁCTER¹. T (post, 1930).



Sándor Ferenczi

Muchos de ustedes me reprocharán, refiriéndose a la literatura psicoanalítica más antigua, el no haber insistido en el papel de los impulsos sexuales en relación con el conjunto de las mociones impulsivas.

¿Debe concluirse que Freud ha acabado por dar la razón y por aproximarse, por caminos tortuosos, a quienes siempre han rechazado poner el acento en los factores sexuales? Podemos responder esta pregunta con un no categórico. Naturalmente, Freud, como todo investigador digno de tal nombre, ha tenido que rectificar a menudo sus primeras hipótesis y construcciones teóricas, por el impacto de la experiencia ulterior, pero los pilares del edificio teórico, por ejemplo la importancia capital del complejo de Edipo en la formación del síntoma neurótico o la gran influencia de los modos de satisfacción infantiles y de su destino sobre el desarrollo de la personalidad, han resistido perfectamente la prueba de la experiencia.

Ha sido por lo tanto la premura de tiempo y la presunción de que estaban ustedes informados en lo relativo a la sexualidad infantil, al simbolismo sexual, etc., la que me induce a hablarles hoy de un determinado desarrollo de la psicología, según Freud, que podríamos denominar asexual, social: una nueva forma de abordar el desarrollo del carácter humano y sus consecuencias prácticas.

El acto de rechazo lo hemos imaginado del siguiente modo: la obligación representada por la adaptación al orden social rechaza las tendencias egoístas y libidinosas al inconsciente. La moción rechazada nos parece representar siempre un comportamiento reprehensible y arbitrario. Pero nuestra sorpresa es grande cuando vemos llegar al tratamiento personas que se muestran duras, implacables hacia el exterior y cuyo análisis revela ternura, tacto, y pudor, es decir toda una serie de cualidades latentes rechazadas. Desde hace tiempo conocemos, lo mismo que otros exploradores del alma humana, como los novelistas, a personas cínicas cuya “inicial rudeza oculta un corazón sensible”, y a menudo ha ocurrido que un analista consigue hacer descubrir a uno de esos cínicos su naturaleza afectuosa rechazada desde hace mucho tiempo. Pero ha sido Freud el único que ha reconocido la importancia de este fenómeno cuando ha descubierto en numerosos analizados la existencia de una culpabilidad inconsciente. Es aún más llamativo el caso de los criminales en los que Freud ha hallado el móvil de su acción en un deseo de expiación inconsciente. Ustedes saben que en general esto ocurre en el sentido inverso: un crimen o una mala acción ocasionan remordimientos. Pero en el caso que nos ocupa, el culpable es obligado, por un sentido de culpabilidad difuso cuyo origen él mismo ignora, y hasta incluso desconoce su existencia, a cometer un crimen contra la comunidad para hacerse castigar. Algunos análisis literarios de autores rusos con una sensibilidad particularmente desarrollada, sobre todo Dostoyewski, hacen pensar que habían ya sentido parte del mecanismo psíquico del “crimen engendrado por la culpabilidad”. Ha habido que esperar a Freud para recibir una explicación científica de este fenómeno, y algunos de sus discípulos (Reik, Alexander) le han consagrado una monografía. Todo ello nos lleva a plantear la siguiente cuestión: ¿en qué consiste la conciencia moral, esa fuerza interior que nos impide disfrutar de los placeres obtenidos indebidamente, nos castiga en lo más profundo de nosotros

1.-Extracto de una serie de conferencias celebradas en Madrid en 1930.

mismos por nuestras debilidades y errores, e incluso nos obliga a buscar el castigo cuando estaríamos en disposición de escapar? Esto nos llevaría demasiado lejos si quisiéramos recorrer los caminos que Freud ha seguido para resolver este problema.

El camino a seguir nos lo indican la observación de los fenómenos de la psicología colectiva, los síntomas de obediencia bajo hipnosis o sugestión (mi experiencia y mis trabajos personales relativos a la sugestión me han permitido atribuirlos a una fijación al estadio infantil de obediencia a los padres), así como al estudio riguroso de la resolución del conflicto edípico. Puede citarse aquí un caso simple, aportado por Freud, que les ayudará a captar bien el proceso. Una niña siente una pena exagerada tras la muerte repentina de su gato favorito. El duelo dura días y días y la niña permanece inconsolable. Pero repentinamente, sin transición alguna, recupera su alegría y su buen humor; no se consigue explicar ese cambio; por último la madre indica que la niña pasa horas realizando movimientos felinos, y maullando como un gato. ¿Qué ha pasado? Para vencer su dolor, la niña se ha identificado fantasiosamente con su objeto de amor perdido, o -recurriendo a una expresión que le es propia- ha proyectado la persona del gato en su propio Ego: la ha "introyectado". Ya no tenía necesidad de estar triste por haber perdido su gato, porque se había ella convertido en gato, y el "yo soy gato" había reemplazado al "yo tengo un gato". Siguiendo la trayectoria de Freud, debemos imaginar que esta otra pena más intensa que acompaña a la renuncia a la omnipotencia infantil y a la sumisión a la potencia paterna, y después al poder social, se resuelve del mismo modo. Al principio, el niño resiste, quiere anular la potencia paterna para apropiarse de la ternura y del afecto materno. Pero cuando comprende que en una lucha abierta lleva las de perder, proyecta en sí la figura poderosa del padre; se trata entonces con el mismo rigor que el padre le trataba antes: ya no es porque tema a su padre sino porque una parte de su personalidad ejerce los privilegios paternos sobre la otra parte. El período en el que se desarrolla tal identificación se denomina período de latencia; se extiende desde la represión de la revuelta edípica hasta la madurez sexual y social completa, es decir de los cinco a los trece años aproximadamente. Este es el período en que se desarrolla, a partir de la acumulación y de la fusión de las introyecciones, lo que Freud denomina el *Super-Ego*. Mientras el Super-Ego vigila, con un rigor medido, para que los afectos y las acciones del sujeto se conformen a los del honesto ciudadano, es una organización útil que es preciso respetar. Pero a veces el Super-Ego se entrega a excesos patológicos, como la conciencia que empuja al crimen. El tratamiento analítico está entonces absolutamente indicado para las personas de carácter enfermizo, al igual que para los histéricos o los obsesos. Al comienzo de mi carrera analítica, hacía todo lo posible para no actuar sobre el carácter de los enfermos; por el contrario trataba de respetarlo al máximo: de este modo me ganaba la personalidad del enfermo, es decir su Ego y su Super-Ego. Este pacto de amistad tácito permitía a continuación tanto al analista como al analizado, colaborar en el descubrimiento del inconsciente. Muchas veces fue suficiente este método para eliminar los síntomas neuróticos, de forma que el problema de un análisis más profundo del carácter no se planteaba siquiera. Pero a menudo me parecía necesario abordar con firmeza este terreno tan delicado, porque el mecanismo de los síntomas se hallaba íntimamente mezclado con rasgos de carácter patológico. Porque el enfermo, durante el tratamiento, utiliza inconscientemente estos rasgos de carácter para la resistencia; en consecuencia, hay que descubrirlos y, en su caso, atribuirlos a las experiencias infantiles correspondientes olvidadas, para que el análisis pueda progresar. Recuerdo por ejemplo el caso de un sabio eminente que, sin ser consciente, manifestaba claramente, al menos para mí, en sus asociaciones y en el resto del trabajo analítico, que no concedía ningún crédito al método psicoanalítico. Cuando llamé prudentemente la atención de ese hombre que se consideraba una persona modesta, reaccionó manifestando durante semanas y meses la incredulidad más extrema respecto a mí y al psicoanálisis. Pero cada vez había más indicios que confirmaban mis suposiciones: la resistencia de mi discípulo se desmoronó pronto y la continuación del tratamiento descubrió sus ensoñaciones no saciadas de grandeza y de éxito, de las que se protegía con este caparazón de modestia. La apariencia seria, grave, y profesoral sólo era la fijación de la actitud que todos adoptamos cuando nos apropiamos el sombrero de nuestro padre, su bastón y su apariencia importante. Pienso también en uno de mis amigos, no analizado, que se lamentaba siempre de ser perseguido por la mala suerte. Pude demostrarle, con algunos ejemplos, que en realidad no era perseguido por la mala suerte, sino que él era quien perseguía a la mala suerte para asemejarse, al menos en la desgracia, a su padre que había tenido un fin trágico. He observado a menudo este proceso que Freud llama *compulsión*

de repetición: el enfermo recurre a todos los medios disponibles, a detalles mínimos o a mezquindades, para romper con el analista y repetir a cualquier precio la reacción infantil de réplica testaruda que oponía antes a cualquier trato injusto. En una ocasión tuve que decir con claridad a una de mis pacientes que, fuera cual fuese su comportamiento, continuaría por mi parte asumiendo inquebrantablemente junto a ella mi papel de médico, con simpatía y comprensión. La compulsión de repetición acaba en estos casos por agotarse, y aparecen sentimientos y tendencias de un nuevo tipo, lo que puede indicar el comienzo de un cambio de carácter.

No he precisado bien mi pensamiento al evocar la necesidad del análisis de carácter únicamente en relación con los casos patológicos. El análisis permite, incluso al hombre normal, hallar una solución más económica a sus reacciones, en la medida en que queda insatisfecho por determinadas actitudes excesivas o hipersensibles. Pero, como ya he dicho en la primera parte de mi conferencia, es indispensable *que el analista esté exento de todo síntoma por una parte, y por otra que haya llevado su análisis de carácter todo lo lejos posible*. Más de una vez se ha comparado al analista al juego del balón golpeado que se practica en las ferias de Budapest o de Viena: todo el mundo puede ensayar sobre él su capacidad agresiva, lo cual en el análisis debe entenderse naturalmente en sentido figurado. Pero incluso esto exige un gran dominio de sí y de la sensibilidad propia, es decir de lo que llamamos narcisismo, lo cual no puede obtenerse si no es mediante un análisis profundo del carácter. Corresponde pues al analista dar el ejemplo, lo que le permitirá luego decir al paciente cara a cara un cierto número de cosas -a menudo secretos perfectamente públicos- que todo el mundo calla precisamente ante quien debe escucharlos. No pienso sólo en las reacciones excesivas, y en los hábitos considerados como ridículos, sino también en determinadas particularidades de la presentación y de la apariencia. En el marco de mi técnica llamada activa, me ocurre tener que ordenar a mi paciente que domine sus procesos psíquicos y físicos habituales: esto me ha permitido a menudo descubrir las capas más primitivas, remontándome a la primera infancia. Teóricamente, la noción de carácter engloba la definición más amplia de la personalidad, mientras que la noción de Super-Ego constituida a partir de la identificación psíquica (introyección) comprende la definición más concisa. Según la descripción de Freud, la personalidad completa contiene tres partes más o menos aisladas; el núcleo de la personalidad comprende las organizaciones instintivas orgánicamente definidas: es lo que se llama el Ello: las capas periféricas del Ello se transforman mediante el contacto con el mundo exterior, es decir adquieren una superestructura psíquica que constituye el verdadero Ego, al cual se añade en tercer lugar el Super-Ego formado por la adaptación a las personas importantes del primer entorno. El Ello y el Ego, están pues más determinadas por los elementos de base vinculados al organismo psíquico, es decir innatos, mientras que el Super-Ego está determinado por el proceso de la evolución ulterior, de orden psíquico. Sin embargo, no pueden reducirse el Ello o el Ego a simples consecuencias inevitables de las cualidades innatas. Son muy sensibles a la influencia del entorno cuando una verdadera comprensión permite un tratamiento adaptado al individuo. La pedagogía analítica, que actúa ya en determinados lugares, nos permite esperar resultados mucho mejores que los que hubiéramos podido suponer sobre la base de las posiciones fatalistas de la biología.

No se trata de subestimar la opinión de los teóricos que proclaman la importancia de lo orgánico. Los psicoanalistas estiman en mucho las experiencias aún rudimentarias desarrolladas en este campo por sabios como Lavater, Franz Joseph Gall, Morell, o Lombroso, y más aún el progreso extraordinario de la anatomía y de la patología cerebrales que debemos a Hitzig, Fritsch, Flechsig, Hughlings Jackson y al eminente Ramón y Cajal, de reputación universal. Consideramos también con gran interés los resultados obtenidos por la endocrinología, así como el paralelismo empírico entre aptitudes psíquicas y físicas establecido por Kretschmer. Añadamos solamente que la mayor parte de lo que llamamos carácter no es innato, sino que se elabora en reacción con el mundo exterior, y ello muy precozmente, durante el período de latencia o incluso antes, y por ello es susceptible de ser mejorado mediante la técnica psicoanalítica.

Naturalmente esto no quiere decir que pueda modificarse el carácter de un individuo por encargo. Lo que podemos prometer a un paciente al respecto es que tras un análisis de carácter tendrá un mejor conocimiento de sí mismo, lo que le permitirá dominar sus reacciones caracteriales que hasta entonces se desencadenaban

automáticamente, y le permitirá adaptarse a la realidad.

En reuniones como ésta se me ha advertido a menudo que los psicoanalistas trabajan por una psicología esencialmente masculina, en el que muchas cosas, o casi todo, giran alrededor del complejo de Edipo, es decir la reposición del conflicto arcaico entre padre e hijo. Por lo que me concierne, debo eludir este reproche porque en mi obra titulada *Thalassa* he intentado, entre otras cosas, explicar las diferencias caracteriales psíquicas y físicas que existen entre ambos sexos. Esta explicación se apoya en observaciones en parte biológicas y en parte psicológicas; sin duda es muy audaz, fundada esencialmente en las analogías, un método científico que no goza de excelente reputación. Sin embargo esa teoría no ha sido hasta ahora desmentida, ni tampoco demasiado elogiada, por cierto. No obstante, quisiera exponerles rápidamente lo que en esta teoría tiene relación con el tema de hoy.

He tomado como punto de partida que la fecundación interna ha aparecido en la evolución de los seres vivos en el momento de la desecación de los mares, mientras que la mayor parte de los peces se multiplicaban mediante la fecundación externa de las células germinales en el medio marino, los caracteres sexuales, llamados secundarios, se desarrollaron también sobre todo en los animales terrestres. Sospecho que no estaba decidido anticipadamente si iba a ser el macho o la hembra quien desempeñara el papel de madre. Pero la solución del problema se inclinó a favor del macho, que quedó desembarazado de esta carga. *Los caracteres sexuales secundarios físicos y psíquicos del hombre han quedado pues más primitivos, podría decirse que más groseros*; pero mediante un admirable proceso de compensación y de inhibición, el hombre consigue controlar su carácter primitivo mediante una superestructura lógica, ética y estética. El sexo femenino puede sentirse más evolucionado desde el punto de vista biológico, por haber tenido que adaptarse no sólo al mundo exterior, sino también al hombre. Esta evolución biológica dispensa a la mujer de adquirir la superestructura intelectual y ética elaborada por el hombre. Por el contrario, sólo ella detenta la capacidad de sufrir y de ser madre, de manera que a fin de cuentas cada sexo tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Muchos rasgos de carácter aparentemente viriles de las mujeres son sensibles a la influencia del psicoanálisis. Lo mismo ocurre con los hombres, en sentido inverso.

Estas palabras sobre el análisis de carácter, último en cuanto a la fecha entre las aplicaciones de la teoría y de las técnicas psicoanalíticas sólo representan un eslabón en un conjunto impresionante de conocimientos, pero posiblemente basten para incitar a algunos de mis oyentes a profundizar en este problema.

Les agradezco una vez más el haberme invitado y termino mi exposición expresando el deseo de que este hermoso país, España, se incluya pronto entre los países en que se dispensa una enseñanza válida del psicoanálisis para todos quienes lo deseen.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.